

# BATISTA

*La Calle Sep 4/95*  
 Por el Coronel Roberto ZAMALEA.

EN un recodo suave del camino que conduce de Banes a su camposanto, en la parte más alta de una pequeña prominencia, se alza arruinada por los años, una modesta casa guajira con techo de guano, piso de tierra y paredes forradas con yaguas. Es el hogar de Fefa Sánchez y su numerosa familia, tan pobre como acogedor. Junto al rancho, triste avanzada del rústico suburbio de La Güira, crece un árbol solitario, recto y corpulento; un almendro, cuyos primeros días ni uno solo de los ancianos del poblado recuerda con precisión. Pero sí recuerdan, como si fuera ayer, ellos y los mozos, que al pie de este almendro, con los brazos cruzados, la mirada perdida en la lejanía, absorto siempre en hondas meditaciones, sordo a la llamada de sus camaradas juveniles, ajeno a sus juegos y travesuras, extraño a todo lo que no fuera sus propias voces interiores, vieron a lo largo de su azarosa adolescencia a Fulgencio Batista, su coterráneo, el que luego había de ser líder de una Revolución magnífica y Presidente de la República. Para él tañeron a la sombra de la copa cerrada del almendro en flor, sus campanas de Domremy, animándole a una lucha sin paralelo, endureciendo su espíritu contra las injusticias sociales que le cercaban y contra las desigualdades y los abusos. Allí dialogó con su Destino por primera vez y descubrió su fuerza. Una miseria, aguda como pocas, lo constriñó a deshora a tomar el camino polvoriento y a adentrarse en la vida. Cortó caña en los ingenios comarcanos; guió lentas carretas, entre el lodo y el polvo; manejó locomotoras; comenzó el aprendizaje de diez oficios diferentes; trabajó de sol a sol, como su pueblo de esclavos y desheredados, pero ni un solo día el sueño o el cansancio le impidieron cultivar su viva inteligencia, adquirir conocimientos, jarmarsel Leyó infatigablemente y con método, y en el comercio deliberado con los libros y los hombres — toda suerte de libros, toda suerte de hombres — se preparó para recorrer con paso firme y sabio las distintas etapas de su existencia, ninguna de las cuales, vista a distancia, es inferior a la vencida antes. Es una de sus características: cuidará siempre, con escrupulo de artista, de no repetirse, de no desandar en ningún caso, el camino ya hecho.

Como para aprender un nuevo oficio más, se hizo soldado de la patria. Su seriedad, sorprendente en sus años; su dedicación al estudio; su palabra ágil; sus respuestas prontas y discretas, hicieron presentir a algunos de sus jefes — que aún viven y lucran — las estrellas del General sobre los hombros, del humilde alistado campesino. Estos antecedentes justificaron sus primeros ascensos a cabo y sargento. Con el próximo de sargento mayor taquígrafo, penetra en Nuestra Historia, para no abandonarla nunca.

Una tiranía despiadada como las que describe con asco Barbusse en "Los Verdugos", ahogaba en Cuba todas las libertades públicas. Batista se coloca sin titubeos frente a Machado, y en los conventículos de clases y soldados, de modo insensible, su audacia y su innato don de mando, lo transforman de

2

la noche a la mañana, en un líder del movimiento revolucionario, y popularizan entre la soldadesca su nombre, que el resto del país desconoce. Caído el régimen de excepción, se entroniza el desorden, y la conspiración de los cuarteles, ante la frustración ingerencista, acelera su ritmo. El 4 de Septiembre de 1933, se produce la insurrección. En la base quiere primordialmente mantener un Ejército cuyos cuadros de jefes y oficiales destruía por instantes el odio justo de la Revolución contra Machado, vencedora. Pero el Sargento Taquígrafo controla el movimiento. Se hace su jefe máximo. Le da, desde el primer momento, objetivos más altos y constructivos. En alguna parte alguien ha echado al vuelo sus campanas de Domremy, las campanas del almendro en flor de Fefa Sánchez y él percibe su clamoreo prometedor. Sabe —se acuerda del porvenir como del pasado— a la manera natural del héroe de Dimitri Marejowsky, y aprovecha la coyuntura decisiva para dar cuerpo a sus sueños. Es su gran crimen, para los privilegiados y los políticos tradicionalistas. Será su gloria más pura para la Historia.

En los cuarteles se establece sobre la marcha una disciplina férrea, que aumenta la eficiencia del Ejército y que es producto, no de la adopción de medidas draconianas, sino de la palabra y el ejemplo de su líder. Con este instrumento precioso entre las manos, Batista logra que la anarquía, enseñoreada de las calles y de las oficinas públicas, no sea lo suficientemente poderosa para abatir la República o provocar un colapso de su soberanía. La inhibición crónica de las autoridades civiles transmuta, fuera de los cuarteles, la libertad reconquistada en libertinaje, y muchos de los que se llaman hoy revolucionarios, y todos los capitalistas empavorecidos por la explosión de las masas aherrajadas durante dos lustros, demandan del líder campos de concentración, dragonadas y asesinatos colectivos que aplasten el desorden. Batista sonríe con su ancha sonrisa contagiosa e intuye lo que los estadistas del mundo aprenden siempre tras duro examen de la historia: que un pueblo que se precipita en la anarquía no sale de ella sino por el camino del cansancio. Con desinterés y previsión extraordinarios desdeña el poder que se le ofrece en cada crisis —caso único en nuestra América—, mantiene a los institutos armados como última reserva y reducto de la patria y a través de los gobiernos irresolutos y oscilantes de la provisoriedad y de la primera época constitucional, espera a que el hastío y la fatiga sobrevengan y a que el milagro de la restauración del orden se haga. Sin embargo la calumnia le aculla una y otra vez, y el despecho le llama en el extranjero y en Cuba o *mandamás* o *rudo forjador de presidentes*. Para sostener a Grau ha debido aplastar primero a los viejos cuadros del ejército de Machado en el Hotel Nacional, y luego, a la Revolución del 8 de Noviembre. Grau, en los cursos iniciales del mesianismo, se derrumba, sin intervención ni odios de Batista, cuando a la protesta enconada de las fuerzas políticas de derecha, se suman con su violencia y versatilidad sus propios partidarios y colaboradores. Mendieta adviene a la primera magistratura por el clamor de una sociedad ávida de paz, y cae de ella al finiquitarse la provisoriedad, porque presenta su renuncia tan pronto como Menocal la exige como garantía de comicios imparciales. Batista, extraño al hecho, acompaña a Mendieta desde Palacio a su finca de Hoyo Colorado, para testimoniar públicamente su respeto a la alta jerarquía patriótica del vencido. Miguel Mariano, elegido en reñidas elecciones, es una criatura de Mendieta, a quien lo vinculan el pasado y el afecto; Laredo, que sucede por ministerio de la ley a un Gómez anacrónico; frunce el ceño, independiente y testarudo, al septembrismo hasta el último día de su mando. En verdad el General Batista sólo ha hecho un Presidente: al ciudadano Fulgencio Batista y Zaldívar, cuando creyó cerrado por la Constitución y la realidad el ciclo revolucionario, e indispensable eliminar la antinomia de dos estados dentro de la nación, fruto malsano de las circunstancias y obra no de su ambición, sino de la cons-

2

tante y suicida inhibición de las autoridades civiles y de las rivalidades de las facciones políticas.

30

Presidente de la República al fin, y casi en cumplimiento de una suerte de ley de gravedad histórica, el huésped extraordinario del bohío de Fefa Sánchez, remata su obra portentosa. En el más apartado rincón de la República deja huella de su afán constructivo. Ya antes, coincidiendo con las premoniciones realistas de Martí, había preparado al soldado para la guerra contra el analfabetismo y las enfermedades endémicas, señores feudales de la campaña cubana; ahora multiplica hasta la fatiga, las escuelas, los hogares infantiles, los hospitales, los grandes centros pedagógicos, y los institutos. Un postrer esfuerzo por mantener dos estados dentro de la República, es vencido sin sangre, y en una noche de prodigio el Ejército, la Marina y la Policía Nacional ven depuestos sus jefes máximos, y el país reanuda su ritmo constitucional. Contra el criterio de los líderes de los partidos políticos, contra las advertencias de sus consejeros más próximos, y acaso contra sutiles presiones de la Cancillería norteamericana, reconoce el Gobierno de Rusia y se niega a ilegalizar la existencia del Partido Socialista Popular: Pearl Harbor y la realidad de nuestros días le otorgan la razón frente a todos. Hijo de un pueblo de obreros, da calor a las reivindicaciones justas del proletariado, sin provocar el enloquecimiento del capitalismo. Desde la instauración de la República, el país ha exigido *sufragios puros* para elegir libremente a sus mandatarios, y ha hecho dos revoluciones para castigar el fraude electoral. Batista al frente del Ejército garantizó los comicios para la Convención Constituyente en que triunfaron los enemigos del Ejército y de su obra; y Presidente lleva a cabo unas elecciones en que su candidato, Carlos Saladrigas, apto como ninguno para las nuevas tareas que impone la postguerra, es derrotado. Sin embargo desde el primer día de su mando civil la calumnia se cebará en él afirmando, o que modificará la Constitución para prorrogarse en el Poder, o que suspenderá la celebración de las elecciones presidenciales hasta la terminación del conflicto bélico, o que escogerá para sucederle a uno de sus bruscos compañeros de armas. Batista que sabe del porvenir como del pasado, que lo recuerda del propio modo y con exacta precisión, convoca a las elecciones en el tiempo que señala la Ley, las preside con imparcialidad exagerada, y refrena el disgusto natural de los institutos armados. El 2 de Junio de 1944 las masas auténticas rodean el Palacio para aplaudirle jubilosamente. El guajirito de Banes sonríe escéptico, calma entre los suyos todas las intentonas de rebeldía—últimas reliquias del desorden—y el 10 de Octubre entrega la Presidencia a su rival más enconado e injusto. Ha cerrado un ciclo de nuestra Historia y de la suya. Ha marchado desde el caos, a los planos de una democracia deslumbradora y cada etapa de su marcha ha sido superior a la vencida antes.

Se tiene ganado el descanso y se va por las tierras de América, a recoger en su persona —la de un líder continental de la Democracia— honores para su patria, que le prodigan gobiernos y muchedumbres. En su Cuba —en la tierra en que se alzan el bohío destartado de Fefa Sánchez y el almendro florido, y que conoce la paz porque él se la hizo inalterable y justa— el miedo y la envidia no perdonan su grandeza innegable. Se le hiere. Se le agrede. Se le injuria, a pesar de la fuerza de Historia que en él vibra. Para cortar su vuelo los palaciegos inventan fantásticas conjuras de fantasmas. Para amargarle el triunfo esplendoroso, se paralizan sus obras, o se inauguran como propias del autenticismo. El 4 de Septiembre es declarado nulo y vergüenza de la patria. El sonríe a la jauría. Aplaude en Panamá la labor social de su enemigo. Calma a los exaltados de sus filas. Condena toda Revolución y toda perturbación. Advierte —a sus adversarios y amigos— con su voz firme de HOMBRE que nunca mintió— que para que su obra no se frustre, es preciso que Grau cumpla todo su período. Y oye a lo lejos el tañido confortador de las campanas de su almendro, invitándole a persistir en el trabajo siempre. No enmudecerán jamás, mientras Batista aliente.

La Calle, Sep 4/45